

vía; plantado una viña y no hubiese recogido aun sus frutos; ó tomado mujer y no la hubiese conocido, estaba dispensado por aquel año del servicio (1).

Para que la limpieza conservase la salud en el campamento, no se desdeñó el legislador de descender á particularidades importantes en climas cálidos; mandó no deponer el peso del vientre mas que fuera del campo, cubrirlo con tierra, como lo hacen todavía los musulmanes, etc. Y no solo trataba de desterrar todo desorden, sino que hasta las impurezas involuntarias eran casos de purificación; y el hombre que se había contaminado de algun modo debía estar todo el día fuera del campo. « Evita todo acto malo... porque tu eterno Dios habita en tus campos para librarte de tus enemigos. Sea, pues, santo tu campo, sin que el Eterno descubra en él ninguna impureza, no sea que ofendido por ella te abandone (2). »

Marchando por territorios de conciudadanos ó aliados, no se podía causar daño. « Sigue los caminos, sin atravesar campos, ni viñas; compra con dinero cuanto necesites y págalo todo, hasta el agua que bebas (3). No entres en país enemigo sin instrucciones y guías y sin conocer el carácter del enemigo, la naturaleza del suelo, las ventajas que de él se puedan sacar, cuán numerosos sean sus habitantes y cómo están fortificadas sus ciudades. »

Aproximándose el ataque se decía: « Quien tenga el corazón tímido ó cobarde, retírese; » y estos se empleaban en los servicios mecánicos, en los bagajes y en barrer los caminos. Los sacerdotes animaban á los combatientes recordando las promesas del Señor: « Escucha, Israel: vas á atacar á tus enemigos; marcha contra ellos con toda confianza; no te asuste su número, porque tu eterno Dios está contigo para combatirlos (4). » La alegría de la victoria se templaba por la consideración de haber muerto hombres, y no se podía comparecer « en el campo del Eterno » ántes de haber consumido un día en purificarse.

Estaba prohibido declarar la guerra por capricho, ambición ó por espíritu de conquista, sino solo para defenderse de los invasores y obtener satisfacción de las ofensas, y aun en tales casos, se prohibía cortar los árboles frutales mas de lo que fuese necesario (5). Si se tenía que sitiar una ciudad, se principiaba ofreciendo la paz á sus habitantes; si la aceptaban, se abrían las puertas y se reducían á tributarios y súbditos: si rehusaban y persistían en defenderse y la ciudad era tomada á discreción, se podían pasar á cuchillo todos los hombres, que quiere decir todos los armados (6). Los prisioneros no quedaban al arbitrio del

(1) Deut., XX, 5 y siguientes.

(2) Deut., XXIII, 10 y siguientes.

(3) Ib., II, 27.

(4) Ib., XX, 3 y 6.

(5) Ib., XX, 10.

(6) Ib., XX, 10 y siguientes.

vencedor, y « si hicieres una prisionera que agrade á tu corazón y quisieres desposarte con ella, la llevarás á tu casa y allí vestida de luto y el cabello cortado, llore un mes á su padre y á su madre: entonces la llevarás á tu lecho y serás su marido y ella tu mujer; y cuando la cautiva ya no te plazca, la volverás á su casa á su voluntad; pero no podrás venderla ó hacer tráfico con ella, porque la tienes humillada (1). »

§ 14. ARTE MILITAR ENTRE LOS ROMANOS.

Legion primitiva.

Así como la falange griega, salió de los órdenes ciudadanos la cohorte romana. Los ciudadanos estaban divididos en tribus, la tribu en diez centurias y cada una de estas en otras tantas decurias bajo las órdenes de un tribuno, un centurion, un decurion.

Las primeras guerras de los Romanos no pudieron proporcionarles grandes perfeccionamientos; pero siempre tuvieron el buen sentido de adoptar lo mejor que encontraban en sus enemigos. Todo se reducía todavía á la táctica en la que valía muchísimo el valor personal, por el cual sobrepujaron á sus enemigos y se dirigieron contra Pirro. En las guerras con este usaban ya órdenes de batalla muy bien entendidos, movimientos combinados, oportuna elección de posiciones, juicioso empleo de las reservas; y de él aprendieron á formar el campamento. Anibal, por el contrario, fué un combatiente obstinado, que por muchos años dirigió los ataques segun un sistema establecido y sin interrupción, por lo que pudieron y debieron refinar sus instituciones militares y conocer así sus propias fuerzas.

El punto en que se hallaba el arte en aquel tiempo se nos ha descrito por Polibio, curioso observador, que conociendo también la formación griega, pudo establecer comparaciones, y que como extranjero no omitía por sabidas muchísimas particularidades, como acostumbraron los nacionales. Oigamos la disposición militar de los Romanos descrita por él (2).

« Hecha la distribución y elección de los tribunos de modo que todas las legiones tengan igual número de comandantes, separados uno de otro, siguen segun sus respectivas legiones y sacan á la suerte las tribus una á una y llaman aquella que les ha tocado. Eligen de ella cuatro jóvenes, iguales poco mas ó menos en edad y corpulencia. Reunidos, los primeros tribunos hacen la elección de la primera legion, los segundos de la segunda, los terceros de la tercera, y los últimos de la cuarta. Sacados otros cuatro, hacen la elección, los primeros de los de la segunda legion y así sucesivamente, y los últimos eligen los de la primera. Despues

(1) Deut., XXI, 11 y sig. — El mejor informe que tenemos es el de SALVADOR, *Hist. des institutions de Moise*, I, VI, c. 3.

(2) *Fragm.*, lib. VI.

se sacan otros cuatro, y los primeros reclutan los de la tercera legion, siendo los últimos los de la segunda; así siguiendo el giro de la elección de esta legion, toman para cada legion hombres de la misma talla. Elegido el número propuesto, esto es, cuatro mil doscientos infantes para cada legion, y hasta cinco mil cuando el peligro es mayor, se acostumbraba antiguamente á elegir por último los caballeros despues de los cuatro mil doscientos infantes; entonces el censor principia la elección segun el censo, y se forman trescientos por legion.

« Acabada la conscripción, los tribunos reúnen á los elegidos de las legiones respectivas y les reciben este juramento: *Obedeceré á mis superiores y cumpliré sus mandatos segun me sea posible*. Todos los demas uno á uno vienen delante de ellos y juran lo mismo. Al mismo tiempo los cónsules avisan á los magistrados de las ciudades aliadas de Italia que quieran militar con ellos, añadiendo el número, el día y el lugar en que deben presentarse. Las ciudades, hecha la elección y prestado el juramento, envían á los suyos, añadiendo un comandante y un cajero. En Roma los tribunos despues del juramento fijan un día á cada legion y un lugar en el cual deben presentarse sin armas, y los despiden. Reunidos en el día prefijado, eligen los mas jóvenes y pobres para *velites*, los que siguen á estos para *astados*, la juventud mas florida para *principes*, y los mas viejos para *triarios*: tales son entre los Romanos las diferencias en los nombres, edades y armaduras en cada legion. Los *triarios* son seiscientos; los *principes* mil doscientos; otros tantos los *astados*, y los demas y mas jóvenes *lanceros*. Cuando hay mas de cuatro mil, los distribuyen en la misma proporción, excepto los *triarios*: les mandan llevar espada, lanza y la *tablachina*, escudo ligero, sólido, suficiente, para resguardar la persona, redondo y del diámetro de tres pies; á la cabeza un yelmo sin cimera, cubierto á veces de piel de lobo ó de cosa semejante para defensa y distintivo. El dardo de los *velites* tiene comunmente el asta dos codos de largo y un dedo de grueso; el hierro un palmo de largo y tan sutil y afilado que necesariamente se dobla despues de arrojarle por primera vez y no puede volverse á lanzar por los enemigos á fin de que no llegue á ser una flecha recíproca.

« Á los de segunda edad, llamados *astados*, les mandan llevar la armadura entera, esto es, escudo convexo de dos pies y medio de ancho y cuatro de largo, formado de dos tablas unidas con cola vacuna; la superficie superior estaba envuelta con lienzo y despues con cuero de ternera; en las partes superiores é inferiores de la circunferencia tiene una plancha de hierro para defenderlo del corte y apoyarlo en tierra sin que se estropee. También tiene en el centro una prominencia de hierro que lo salva de los golpes violentos de las piedras, lanzas ú otras armas arrojadas. Con el escudo llevan sobre

el muslo derecho la espada, que llaman *espanola*, con excelente punta y buen filo en ambas partes, con fuerte y sólida hoja. Se agregan dos venablos, yelmos de bronce y botas. Los venablos son: parte de ellos gruesos, unos redondos del diámetro de un palmo, otros cuadrados de la misma medida por cada lado, y parte delgados como lanzas medianas de cazar jabalíes. El asta de todos tiene tres codos de largo. Cada uno lleva un dardo corvo de hierro, igual en longitud al mango, cuya ligadura aseguran tan sólidamente que, al emplearlo, ántes que soltarse el nudo se rompe el hierro, aunque en el fondo y donde se halla unido al mango es dedo y medio de grueso. Adornan el yelmo con un penacho y tres plumas rectas, purpúreas ó negras, de un codo de largas, con las cuales el hombre aparece el doble, de aspecto hermoso y espantoso para sus adversarios. Los mas se ponen sobre el pecho una lámina de bronce que tiene doce dedos por todos lados, llamada *guardacorazon*, y así completan la armadura. Los que constan en el censo como propietarios de mas de diez mil dracmas, en vez de *guardacorazon* llevan corazas encorvadas. La misma forma de armadura tienen los *principes* y los *triarios*, excepto que en vez de venablos los *triarios* llevan lanzas.

« De cada género, excepto del de los mas jóvenes, eligen diez cabos de escuadra, segun su mérito; despues otros diez, de los cuales el primer elegido tiene asiento en el consejo. Estos eligen otros tantos, que están en la retaguardia. Luego con los cabos de escuadra dividen los de cada edad en diez partes, excepto los *lanceros*, y asignan á cada una dos conductores y dos aposentadores. Los *lanceros* segun su número se distribuyen igualmente entre todas las partes, y llaman á cada parte escuadra, bandera y estandarte, y á los jefes centuriones y cabos de escuadra. Estos eligen en sus respectivos estandartes los dos mas robustos y valientes para alféreces. Nombran dos conductores para cada escuadra, á fin de que el estandarte no esté un instante sin jefe y cabo. Cuando están los dos presentes, el primer elegido dirige la parte derecha del estandarte y el segundo la izquierda. Si falta uno, el que queda dirige á todos. Quieren que los centuriones sean no tan audaces y ávidos de pelear como buenos directores é impertérritos, de ánimo elevado, no para atacar al enemigo intacto ó para combatir, sino también para que vencidos y oprimidos, no cedan, ántes mueran en su sitio.

« Del mismo modo dividen la caballería en diez escuadrones y sacan de cada uno tres jefes, los cuales por sí nombran tres aposentadores. El primer elegido manda el escuadron y lo dirige; los otros dos hacen el oficio de jefes de diez, y se llaman *decuriones*. Faltando el primero, el segundo hace de jefe de escuadron. La armadura de los caballeros es ahora semejante á la de los Griegos. Antiguamente no tenían

corazas, sino que combatian con solo su vestido, por lo que estaban prontos y expeditos para montar á caballo y volver á atacar; pero en el combate estaban en gran peligro. Las astas les eran inoportunas por dos razones: primero porque haciéndolas delgadas y fluctuantes, no podian dar en el punto á que se dirigian, y ántes que la parte de delante se clavase, sacudida por el mismo movimiento de los caballos, casi siempre se rompía; además de esto, como las hacian sin punta en la extremidad inferior, solo servian para el primer golpe y despues se rompian, quedando fuera de uso. Tenian escudos de baqueta que duraban poco en los ataques, porque no tenían solidez, y desconchados y podridos por las lluvias, si ántes eran de un uso peligroso, llegaban entónces á ser enteramente inútiles. Por esto adoptaron la estructura de las armas griegas, con las cuales el primer golpe asestado con la extremidad anterior va al punto á que se dirige y en él se introduce, siendo el asta sólidamente construida y no trémula, y de donde sacada queda firme y seguro el uso de la punta inferior. Lo mismo se puede decir de los escudos, sólidos y seguros en los ataques de léjos y de cerca. Conocidas estas cosas, trataron de imitarlas, porque los Romanos son entre todas las naciones los mas aptos para cambiar de costumbres y procurar lo mejor.

» Los tribunos, despues de hecha esta division y dadas estas órdenes respecto á las armas, envian los alistados á sus casas. Llegado el dia de reunirse en el lugar destinado por los cónsules, todos los conscriptos se presentan, no admitiéndose mas excusa que la de contrarios auspicios ó imposibilidad. Reunidas las tropas auxiliares con las romanas, los comandantes de los aliados, propuestos por estos, pero constituidos por los cónsules y denominados perfectos, en número de doce, se ocupan de la administracion y del manejo de las cosas que les pertenecen. Estos al principio eligen con los cónsules, de todos los aliados presentes, los caballos ó infantes mas á propósito para la guerra, que llaman *extraordinarios ó electos*. La multitud de los socios, en cuanto á los infantes, es en su mayor parte igual á la de las legiones romanas; pero los caballos son tres veces mas. Por esto toman para los extraordinarios casi la tercera parte de los caballos y la quinta de los infantes; los demas se dividen en dos partes, y llaman á la una el ala derecha, y á la otra la izquierda. Entónces los tribunos reciben á los Romanos juntamente con los otros y establecen el campamento. En la disposicion de los ejércitos, hay entre ellos una sola y sencilla doctrina para todos tiempos y lugares, que creo podrá exponer bien.

» Destinado el lugar en que se ha de acampar, ocupa la tienda del capitán la parte mas conveniente para la vista y para la comodidad. Plantado el estandarte donde esta se ha de colocar, miden á su rededor un cuadrado, cuyos

lados estén distantes cien piés y formen una era de cuatro yugadas. En el lado de esta figura mas oportuno para hacer agua y forrajear, están las legiones romanas colocadas de este modo. Siendo seis los tribunos de cada legion y dos las legiones romanas que tiene cada cónsul, es claro que militan doce tribunos con cada cónsul. Las tiendas de estos se ponen todas en línea recta, paralela al lado preferente del cuadrado y cincuenta piés distante de él, para que haya espacio para los caballos, acémilas y demas bagajes de los tribunos. Las tiendas están vueltas á la parte opuesta de la antedicha figura, mirando el lado de fuera, que llamaremos el frente de toda la figura. Los pabellones de los tribunos están á igual distancia entre sí, y ocupan toda la anchura de las legiones romanas.

» Medidos otros cien piés delante de todas las tiendas de los tribunos, desde la línea que termina este espacio en latitud y que está paralela á las mencionadas tiendas, principian á colocar los alojamientos de las legiones en esta forma.

» Dividida la antedicha línea en dos partes, en la línea tirada desde el punto de la division en ángulos rectos, colocan los caballos de ambas legiones, los unos enfrente de los otros, distantes entre sí cincuenta piés y formando la particion en el intervalo de en medio. Las tiendas de la caballería y de la infantería se hacen del mismo modo, por lo que toda la figura, así de la bandera como del escudron, es cuadrada. Esta mira á las vias transversales; pero su longitud es definida segun estas; porque tiene cien piés y la mayor parte de las veces igual profundidad, exceptuando los aliados. Cuando usan legiones mayores, aumentan á proporcion la anchura y la profundidad.

» Se hace por entre los alojamientos de la caballería en medio de las tiendas de los tribunos, casi un camino, para atravesar entre la línea predicha y el lugar por ellos ocupado, y aplican detras de los antedichos caballos los triarios de las dos legiones, esto es, á cada escudron una bandera en semejante figura; de modo que tocándose entre sí las figuras, los triarios miran al lado opuesto al que están vueltos los caballeros. La anchura de cada bandera se reduce á la mitad de su longitud; porque el número de estas es las mas veces la mitad del número de las demas partes; y como con frecuencia es desigual la cantidad de los hombres, se igualan siempre todas las partes en su longitud, con la diferencia en la profundidad. Á distancia de otros cincuenta piés de los dos lados, ponen en orden de batalla de frente, á los triarios y príncipes, los cuales estando tambien vueltos hácia los caballos, forman nuevamente dos calles que tienen el principio é ingreso en la misma línea en que le tienen los caballos, esto es, desde el espacio de cien piés que está delante de los tribunos y acaban al frente de los tribunos al flanco de la empalizada, que desde el principio dijimos ser

el frente de toda la figura. Á espaldas de los príncipes, mirando igualmente hácia atras, ponen á los astados, de modo que se toquen las figuras que forman; y así como segun la division primitiva hay diez banderas en cada parte, así todas las calles son iguales en longitud y sus extremidades llegan hasta el flanco de la estacada que está al frente, donde volviéndose acampan tambien las últimas banderas.

» Despues de los astados dejan aun el espacio de cincuenta piés para los caballos de los aliados, con el frente vuelto hácia aquellos, principiendo por la misma línea y acabando en la misma. El número de los aliados, segun dije, es en los infantes igual al de las legiones romanas, ménos los extraordinarios; el de los caballos es doble, rebajando tambien la tercera parte para los extraordinarios. Por esto aumentan en proporcion la profundidad al configurar los alojamientos y se ingenian en hacerlos iguales en longitud á las legiones romanas. Concluidas las cinco calles que atraviesan el campo, ponen nuevamente las banderas de la infantería aliada á la espalda, vueltas hácia los caballos, aumentando la anchura á proporcion y haciendo que miren la estacada y los lados de flanco. Los centuriones ocupan las primeras tiendas junto á cada bandera por ambos lados, y miéntras que del modo señalado colocan los alojamientos, separan el sexto escudron cincuenta piés del quinto, y lo mismo hacen con las escuadras de los infantes, de modo que resulta otra calle que pasa por medio de las legiones, atraviesa las antedichas calles y está paralela á las tiendas de los tribunos. La llaman *quintana*, porque se extienden á lo largo de las quintas órdenes.

» El lugar de detras, que está junto á los pabellones de los tribunos, por ambas partes del que rodea al pretorio, sirve parte para el foro, parte para el cuestor y para todas las cosas necesarias al ejército. En las dos extremidades de las tiendas de los tribunos á la espalda, formando con ellas como una tijera, alojan los caballos escogidos de los extraordinarios y algunos voluntarios. Todos estos acampan á lo largo de los flancos de la estacada, y miran unos los aparatos del cuestorio, otros al foro. De este modo están alojados la mayor parte de las veces junto á los cónsules y en las marchas y en otros casos prestan sus servicios al cónsul y al cuestor á cuyo rededor se colocan. Opuestos á estos y vueltos hácia la estacada, están los infantes que prestan el mismo servicio que los antedichos caballeros. Despues de estos queda una calle de cien piés de anchura, paralela á las tiendas de los tribunos, la cual por la otra parte del foro, del pretorio y del cuestorio se extiende por delante de todas las mencionadas partes de la estacada. En el lado superior de esta calle están acampados los caballeros extraordinarios de los aliados, y miran al foro y á la vez al pretorio y cuestorio. Á la mitad del alojamiento de esta caballería y en línea recta

con el sitio que ocupa el pretorio, queda una calle de cincuenta piés, que conduce al lado posterior del campo, y en cuanto permite su direccion forma ángulos rectos con la indicada calle ancha. Á la espalda de estos caballos se ponen los infantes extraordinarios de los aliados, vueltos hácia la estacada y lado posterior del campo. El vacío desde las dos partes hasta los flancos laterales es para los extranjeros y aliados que se les reunen.

» Así la forma del campo es un cuadrado de lados iguales, cuyas calles se entrecortan y hacen toda su distribucion semejante á una ciudad. La estacada dista de las tiendas doscientos piés por todos lados, con notables ventajas, pues facilita la entrada y salida de las legiones, las cuales por sus respectivas calles vienen todas á salir á este vacío y no se embarazan y atropellan precipitándose todas por una parte. Las caballerías que introducen y el botín quitado á los enemigos que recogen, lo custodian allí con seguridad durante la noche. Pero lo que mas importa es que en los asaltos nocturnos, ni el fuego, ni los dardos les alcanzan, merced al espacio interpuesto, ó acontece rara vez y casi sin daño.

» Dado el número de infantes y caballos de entrambas legiones, hacian cada legion de cuatro ó cinco mil hombres; y dada igualmente la profundidad, la longitud y el espesor de las calles mas estrechas y mas anchas, fácil es comprender la extension del lugar y toda la circunferencia de los alojamientos. Si alguna vez crece el número de los aliados ó si despues se agregan otros, llenan con los extemporáneos, además de los antedichos lugares, los que están junto al pretorio, estrechando el foro y el cuestorio al espacio rigurosamente necesario para su uso. Cuando se tiene que colocar mayor número que el de los hombres que al principio salieron juntamente, añaden una calle á cada una de las dos partes de las legiones romanas á lo largo de sus flancos. Si están reunidos en un solo campamento las cuatro legiones y los dos cónsules, debemos imaginarnos que hay dos ejércitos, que, segun el modo dicho, se juntan, se vuelven de frente y se tocan por donde están alojados los extraordinarios de cada hueste, á los cuales hacen guardar el lado posterior de todo el campo. Entónces acontece que la figura se hace oblonga, el espacio es doble mayor que el primero, y la circunferencia lo es vez y média. Cuando acampan juntamente los cónsules, usan siempre de semejantes alojamientos, donde están separados; y todo lo hacen del mismo modo, excepto que colocan el foro, el pretorio y el cuestorio en medio de las legiones.

» Establecido el campo, los tribunos reciben á todos el juramento, ya sean libres ó esclavos, haciendo jurar uno á uno *que no sustraerán nada del campamento, ántes bien, si alguno se encontráre cualquier cosa, la llavará á los tribunos*. Despues ordenan las banderas de los

principes y de los astados de cada legion, destinando dos al cuidado del lugar que está delante de los tribunos, porque durante el día la mayor parte de los Romanos se entretienen en esta plaza, por lo cual la riegan siempre con diligencia y la tienen muy limpia. De las otras diez y ocho, tres tocan en suerte á cada tribuno, por lo que en cada legion son tantas las banderas de los astados y de los principes, segun la division poco hace referida, y los tribunos son seis. Cada una de las tres banderas hace alternativamente el servicio de cada tribuno en esta forma. Ocupado el lugar destinado para el campamento, levantan la tienda y el piso al rededor, y si es necesario cerrar con fortificaciones alguna parte del bagaje, tienen cuidado de hacerlo. Dan dos guardias y la guardia es de cuatro hombres por centinela, parte delante de la tienda, parte detras junto á los caballos. Teniendo cada tribuno tres banderas y habiendo en cada una además cien hombres, sin contar los triarios y lanceros (porque estos no hacen el servicio), no es un trabajo pesado, porque á cada bandera le toca el servicio cada cuatro días; los tribunos tienen el necesario para sus comodidades y al mismo tiempo el honor que requieren su dignidad y autoridad. Las banderas de los triarios están libres del servicio de los tribunos; pero cada una da cada día una guardia al escuadron de caballería que está mas cerca de sus espaldas. Estos, además de otras cosas, custodian sobre todo los caballos, á fin de que enredándose con las cuerdas no se ofendan ó inutilicen, ó soltándose se arrojen sobre los demas caballos ó introduzcan la confusion y el desorden en el campamento. De todas las banderas una cada día alternativamente vigila cerca del capitan, tanto para evitarle sorpresas como para honrar su supremo poder.

» Para abrir el foso y formar la estacada, se destinan dos lados á los aliados, donde se alojan sus dos alas, y dos á los Romanos, una para cada legion. Dividido cada lado en banderas, los centuriones tienen cuidado de ellas separadamente. La aprobacion universal del lado corresponde á dos de los tribunos que están tambien encargados de la vigilancia del resto del campo, de modo que dividiéndose dos á dos, mandan alternativamente dos meses durante el espacio semestral, y aquellos á quienes toca la suerte presiden á todas las atenciones del campo. La misma incumbencia tienen los prefectos respecto de los aliados. Los caballeros y centuriones se reúnen todas las mañanas muy temprano en las tiendas de los tribunos, y los tribunos en la del cónsul, que ordena lo que cree necesario á los tribunos y centuriones, y estos á los soldados. Aseguran las consignas de la seña nocturna de este modo. De cada clase de caballeros y de infantes, desde la décima bandera alojada á la extremidad de las calles, eligen un hombre, libre del servicio de guardia, y que va cada día al ponerse el sol á

la tienda del tribuno y toma la seña, que es una tablita escrita. Vuelto á su bandera, da la seña en presencia de testigos al jefe de la próxima bandera, y de este modo continúa sin detencion hasta que llega á las primeras banderas, cuyas tiendas están próximas á los tribunos, las cuales tienen que llevar la tablita al tribuno mientras es aun de día. Cuando se le devuelven todas las tablitas, entregadas, reconoce que la seña se ha dado á todos, y que todos se la han devuelto; pero si falta alguna, indaga de qué parte no ha venido la tablita, y aquel de quien procede el impedimento recibe el castigo merecido.

» En cuanto á las guardias nocturnas, el capitan y su tienda son custodiados por la bandera que allí vigila, y los pabellones de los tribunos y los de los escuadrones de caballería por los de cada bandera destinadas á este objeto. Del mismo modo en cada bandera ponen todos una guardia de su propia gente; las otras las dispone el capitan. Cerca del cuartel se ponen las mas de las veces tres guardias, y dos cerca de cada legado y consejero. Llenan el lado exterior los lanceros que durante el día vigilan cerca de la estacada, por estar encargados de ello; y en las entradas diez de los mismos hacen la centinela. El primero de los destinados para la guardia por la noche conduce por cada estacion un avisador de cada bandera al tribuno, el cual da á todos para las guardias tablitas escritas con breves caracteres. Tomadas estas, se van á los lugares que les están señalados. La ronda está apoyada por la caballería; de este modo el primer jefe de escuadron de cada legion debe mandar por la mañana á uno de sus avisadores para que haga saber á cuatro soldados de su escuadron que hagan la ronda antes de la comida. Despues debe el mismo anunciar hácia la tarde al conductor del escuadron siguiente, que á él toca la ronda para el día siguiente. Los cuatro que eligen los avisadores por el primer escuadron, salidos los centinelas, van al tribuno y toman de él por escrito por cuántas y cuáles estaciones deben volver; despues los cuatro velan siempre cerca de la primera bandera de los triarios, cuyo centurion tiene el encargo de hacer sonar la trompeta á cada vigilia.

» Cuando llega el tiempo señalado, hace la primera ronda el que le toca en suerte, llevando consigo algunos amigos por testigos. Vuelve por los lugares antedichos, no solo al rededor de la estacada y de las puertas, sino tambien de todas las banderas y los escuadrones. Si encuentra la guardia de la primera vigilia despierta, toma su tablita; si alguno duerme ó ha dejado el puesto, llama á los vecinos por testigos y se va. Lo mismo ejecutan las demas rondas. El cuidado de dar la seña de las vigiliass con las trompetas á fin de que lo oigan al mismo tiempo las rondas y los centinelas, es cada día mutua incumbencia de los centuriones de la primera bandera de los triarios en cada legion.

Al amanecer, cada ronda lleva la seña al tribuno y le devuelven todas aquellas que le dieron, y se va; si alguno lleva un número menor, buscan la guardia que ha faltado, y reconociéndolo, se llama al centurion, el cual conduce consigo á los que estaban destinados á la guardia, y estos disputan con la ronda. Si el defecto está en la guardia, la ronda lo manifiesta pronto, invocando el testimonio de los vecinos; si no, toda la culpa cae sobre la ronda.

» Se reúne pronto el consejo de los tribunos, se forma el proceso al reo, y si se le condena, se le da de palos. El castigo de los palos es como sigue: el tribuno toma un madero y con él toca apenas al condenado, y luego todos los soldados de la legion, dándole con varas y piedras, las mas de las veces lo matan en el campo. Aunque alguno se librase, no por eso quedaria salvo. ¿Y cómo lo sería aquel á quien no es lícito volver á su patria; y á quien ni aun sus próximos parientes se atreverian á recibir en su casa? Esta es la causa por qué los que caen una vez en semejante desgracia, regularmente mueren. El mismo suplicio deben sufrir el avisador y el conductor de escuadron, si no los avisan con tiempo para las rondas, y estas al jefe del siguiente escuadron cuando conviene. Las guardias nocturnas se hacen, pues, con mucha exactitud.

» Por tanto, los soldados deben obedecer á los tribunos y estos á los cónsules. El tribuno tiene la facultad de imponer multas, exigir prendas y hacer apalear; los prefectos las tienen sobre los aliados. Son apaleados los que roban algo del campo, levantan testimonios falsos, abusan de su cuerpo, ó han sido castigados con multa tres veces por las mismas causas. Estos errores se castigan como delitos; pero sufren el castigo de cobardía y el vituperio militar las culpas siguientes: si alguno para obtener un premio refiere falsamente á los tribunos algun hecho suyo de valor, ó por miedo deja el puesto que le está señalado, ó arroja por temor las armas en el combate. Por esto hay quien en las acciones sucumbe á una muerte cierta, oprimido por el mayor número mas bien que abandonar la formacion, temiendo el castigo; y el que combatiendo ha dejado caer el escudo, la espada ó otra arma, se arroja temerariamente entre los enemigos para reconquistar lo perdido, ó evitar muriendo una vergüenza manifiesta y los insultos de sus compañeros.

» Cuando muchos cometen los mismos delitos, por ejemplo, cuando banderas enteras se replegan y abandonan el puesto, no se apalean ó matan todos, sino que el tribuno reúne la legion, y presentados en medio los desertores, les da una áspera reprehension y saca á la suerte unas veces cinco, otras veinte; pero generalmente la décima parte de los delinquentes, y los hace apalear sin piedad; á los otros les hace comer cebada en lugar de trigo, y alojarse fuera del campo y de las fortificaciones.

Como el temor y el peligro de la muerte sobrecoge á todos igualmente, y la ignominia de alimentarse con cebada pertenece igualmente á todos, esta costumbre sirve para excitar terror y evitar los casos desgraciados.

» Tambien estimulan de un bello modo á la juventud. Cuando se ha dado alguna accion en que algunos jóvenes han dado pruebas de valor, el capitan llama á parlamento al ejército, y presentados los que se distinguieron, pronuncia un elogio de cada uno, ensalzando su valor y cuanto cree digno de memoria en el curso de su vida: cuando ha herido á un enemigo, le regala una asta gálica, y al que le ha muerto y despojado, si es infante, se la da una copa, y si es caballero un arnes: antiguamente daban solamente un asta; cuyas cosas consigue no el que en una batalla formal ó en la toma de una ciudad hiere ó despoja á algun enemigo, sino el que en las escaramuzas ó en ocasiones semejantes, en que no hay necesidad de combatir cuerpo á cuerpo, voluntariamente y por eleccion se expone á estas pruebas. Á los que en la expugnacion de una ciudad suben los primeros á las murallas, se les da una corona de oro. Al que agarra con el escudo y salva á algun ciudadano ó aliado, el capitan le decora con dones. Á los que fueron salvados, y no quisieron de buen grado coronar á sus salvadores, los tribunos les obligan á ello. El que obtiene la salvacion, honra toda la vida á su bienhechor como padre, y está obligado á prestarle todo lo necesario del mismo modo que á sus progenitores. Esta excitacion no solo sirve de estímulo y emulacion en los peligros al que oye y está presente, sino tambien á los que están en su casa; por esto los que obtienen estos dones, además de la gloria que alcanzan en el campo y la fama que pronto consiguen en su patria, cuando vuelven á ella asisten con sus condecoraciones á todas las solemnidades; y solo á ellos es lícito llevar los blasones con los cuales por su valor les honraron sus capitanes. Los trofeos se ponen en los sitios mas visibles de las casas, á fin de que sean monumentos y testimonios de su valor. Con tanta diligencia y cuidado con respecto á los premios y las penas en el campo las empresas guerreras llegan á feliz y glorioso fin. Los infantes tienen de estipendio dos óbolos diarios, los centuriones el duplo, los caballeros una draema. Se dan además á los infantes, á lo mas dos tercios de fanega ática de trigo, y á los caballeros siete fanegas de cebada al mes y dos de trigo. Los infantes de los aliados tienen igual porcion que los Romanos, y los caballeros una fanega y un tercio de trigo y cinco de cebada, y á los aliados se dan gratuitamente. Á los Romanos se les suministra tambien grano, vestidos ó algunas armas, y el cuestor lo descuenta de los salarios.

» Levantan el campo del modo siguiente. Cuando la trompeta ha dado la primera seña, recogen las tiendas y reúnen todos los бага-

jes; pero nadie tiene permiso de quitar ó plantar su propia tienda ántes que la de los tribunos ó del capitán. Á la segunda señal cargan los equipajes en las acémilas, y á la tercera tienen que ponerse en marcha los primeros y en movimiento todo el ejército. En la vanguardia colocan comunmente á los extraordinarios; estos tienen detras el ala de los aliados, á los cuales siguen las acémilas de los antedichos; despues la primera legion romana con sus equipajes á la espalda; luego la segunda, seguida de sus acémilas y de los equipajes de los aliados que están á la cola, cerrando la marcha el ala izquierda de los aliados. Los caballos van unas veces detras de sus respectivas partes, y otras caminan á los flancos de las acémilas para contenerlas y salvarlas. Cuando esperan un ataque por retaguardia, no varían de orden, sino que los extraordinarios de los aliados pasan de vanguardia á retaguardia. Cada legion y cada ala ocupan alternativamente un día el frente y siguen despues á la espalda, á fin de que todas participen igualmente de la oportunidad de hacer agua y forrajear, cambiando siempre entre sí la posicion de la vanguardia.

» Cuando hay peligro, ó se encuentran en lugares abiertos, forman á los astados, príncipes y triarios en tres falanges desplegadas, poniendo delante todas las acémilas de las banderas que preceden, despues de las primeras banderas las de las segundas, despues de las segundas las de las terceras, y de este modo van alternando siempre las acémilas con las banderas. Dispuesta así la marcha, si sobreviene algun peligro, se repliegan á derecha ó izquierda, y envían delante las banderas, sacándolas fuera de las acémilas por el lado del enemigo. Así, en breve y con un solo movimiento todo el cuerpo de armadura pesada se dispone en batalla, y las acémilas y toda la muchedumbre que les sigue se retiran detras de los que están formados en batalla, donde tienen una estacion conveniente y libre de peligro.

» Cuando se aproximan al lugar donde han de establecer el campamento, van delante el tribuno y los centuriones que cada vez se eligen para este objeto, visitan todo el lugar, ocupan el sitio donde se ha de colocar la tienda del capitán y examinan en qué lado y de qué modo deben alojarse las legiones en el espacio que circunda al pretorio. Elegidos estos lugares, miden el circuito del pretorio; despues la línea sobre la cual se han de colocar las tiendas de los tribunos, y luego otra paralela á esta, donde principian los alojamientos de las legiones. Del mismo modo miden por medio de líneas el espacio de la otra parte del pretorio. Muy pronto quedan demarcados todos los intervalos conocidos por el uso, y fijan la primera bandera en el lugar en que se ha de plantar el pabellon del capitán, la segunda en el lado preferente, la tercera en medio de la línea sobre la cual deben colocar sus tiendas los tribunos, y la cuarta en aquella á lo largo de la cual se ponen en movi-

miento las legiones. Estas tiendas son encarnadas, la del capitán blanca, y ponen á la otra parte del pretorio ya lanzas desnudas, ya banderas de otros colores. Hecho esto miden las calles, y en cada una plantan un asta; y así sucede que al paso que se aproximan las legiones por el camino y se ve claramente el lugar del campo, todas las cosas de él son conocidas por todos, y cada uno sabe en qué calle y sitio de la calle debe tener su tienda, porque cada uno ocupa siempre el mismo lugar del campamento, ocurriendo en cierto modo lo que cuando un ejército entra en la ciudad de su distrito.

» Los Griegos por el contrario, para acampar reputan como cosa principal la eleccion de lugares fuertes por naturaleza, evitándose el trabajo de abrir fosos y creyendo á la vez que no es igual la seguridad procurada por medio del arte que la que da la fortaleza natural de los lugares. Por esto se ven obligados á variar de forma en el establecimiento del campamento, acomodándose á los lugares, y á mudar cada vez de diferentes modos sus partes entre sí; así es que el alojamiento es variable, tanto para los individuos como para los órdenes.

En este pasaje se han fundado todos los que han hablado del arte romano, pasaje que ilustró considerablemente Justo Lipsio (1). El atento lector ya habrá podido comprender que la infantería de la legion se componia de cuatro clases de soldados; que siendo tres mil hombres, estaban, segun su dignidad, seiscientos triarios en tercera fila, mil doscientos príncipes en segunda, y mil doscientos astados en primera. Los velites que combatian fuera de filas cambiaron de nombre y número segun los tiempos. El manipulo de los príncipes y de los astados se componia de doce de frente y diez de profundidad; el frente variaba, la profundidad no. La turma de la caballería constaba de treinta y dos, ocho de frente y cuatro de profundidad.

Esta es la figura de la legion en batalla :

A	A	A	A	A	A	A	A	A	A	A	1
P	P	P	P	P	P	P	P	P	P	P	2
T	T	T	T	T	T	T	T	T	T	T	3

La primera línea son manipulos de astados; la segunda príncipes igualmente distribuidos y colocados, excepto que hacen frente á los vacíos de aquellos; la tercera triarios, siempre seis de frente y seis de lado. De esta disposicion aparecen las ventajas de la legion, porque si los astados eran desordenados se retiraban fácilmente entre los príncipes, llenando los vacíos de su línea; y si esta vigorosa resistencia no bastase, se recogian entre los anchos intersticios de los triarios. La proporción entre las diferentes clases de las legiones era casi siempre constante; solo variaban los velites desde mil doscientos á dos mil. Aunque los astados y príncipes variaban, no entre sí, sino entrambos

(1) *Militia romana*, lib. V, pág. 140.

juntamente, los triarios siempre conservaban su primitivo número de seiscientos.

Los velites llevaban espada, dardo, broquel de tres piés de diámetro, en la cabeza un adorno individual, como una piel de lobo ú otra cosa semejante, para que el jefe pudiese conocerlos y hacer pasar á los mas dignos á ocupar puesto entre los soldados de fila. De estos, los triarios eran elegidos de entre los mas valientes y experimentados príncipes y astados, pudiendo entrar de golpe en el orden, por méritos contraídos, sin pasar por los otros dos grados. El astado llevaba un escudo convexo de dos piés y medio de largo, y cuatro de ancho. Cada manipulo, centuria ó compañía tenia una bandera para reunirse; se dice tambien que se llamaba *manipulo* un haz de heno colocado sobre una percha que llevaban delante; pero las verdaderas enseñas fueron dos por cada cohorte.

Se habrá observado que todos los ciudadanos debian haber servido diez y seis años en infantería ó diez en caballería ántes de cumplir cuarenta y seis años. Esto es contrario á lo que practican los modernos, entre los cuales sirven mas tiempo los de caballería, pues se quieren infantes jóvenes y jinetes viejos. El que tenia menos de diez y siete y mas de cuarenta y cinco años, no estaba obligado al servicio á no ser en peligros extraordinarios, ni los magistrados que desempeñaban su oficio, los senadores ó los que hubiesen ejercido estos empleos, á no ser que quisiesen espontáneamente; los sacerdotes y augures, excepto en los tumultos gálicos; los que tenían debilidad en los ojos, y á veces algunos eran dispensados por honor. Á los soldados de Preneste que defendieron á Casilino de Aníbal, se les concedió la dispensa de cinco años; para premiar á Publio Ebuco que en su juventud reveló una conspiracion, decretó el pueblo que se contase como si hubiese concluido el tiempo de su servicio; y lo mismo á Vatio que anunció la captura de Perseo, que le habian revelado dos genios. Cuando se admitió la sexta clase, hubo soldados suficientes para poder eximir á muchos del servicio.

Tito Livio dice que Servio Tulio instituyó el cuerpo militar de los caballeros, que fué siempre en aumento bajo el gobierno de los reyes; pero Ciceron lo cree instituido por Tarquino Prisco (1). En los buenos días de la República hasta la guerra de los Samnitas parece constaba de tres mil quinientos hombres; el Estado daba los caballos y suministraba 10,000 ases para comprarlos, y 2,000 por año para mantenerlos. En los apuros de la segunda guerra Púnica quedó muy reducido el número de caballos públicos. Caton se lamentaba de que se iba aumentando aquel cuerpo, que acaso desde entónces entró en estado normal.

Despues de la guerra de los Veyentes, ademas de los caballeros *equo publico*, hubo otros que recibian solo un *as hordearium* anual, y pos-

teriormente nada, y se llamaban *caballeros romanos*; para distinguirlos de los auxiliares. Solamente los caballeros *equo publico* estaban sujetos á las revistas del censor y la mutacion anual; y ellos solos tenían derecho de sufragio en las diez y ocho centurias de caballeros en los comicios por todo el tiempo que permanecian en el servicio de grado ó por fuerza (1).

La caballería agregada á la legion estaba constantemente, segun parece, con la infantería en la proporción de uno á diez ú once; es decir, la caballería é infantería romana. La caballería de los aliados se llamaba *ala*; nombre que se aplicó despues á la romana cuando habiéndose cambiado la legion en falange, no pudo ya penetrar la caballería en medio de los manipulos que se habian hecho compactos. El ala se componia ordinariamente de quinientos doce hombres. La caballería aliada era en proporción mas fuerte que la infantería aliada, y generalmente se sacaba del país donde se hacia la guerra de entre los pueblos adictos á los Romanos. Recorrian los campos espionando y forrajeando, con lo cual evitaban fatiga á los legionarios.

Despues de concluida la campaña en las primeras guerras, se licenciaba á las tropas, si bien se las llamaba de nuevo al año siguiente; pero cuando se extendieron las conquistas, como eran necesarias guarniciones para defenderlos, las legiones, en vez de invernar en Roma, continuaron haciendo servicio todo el tiempo que duró la guerra, hasta que Augusto estableció una milicia permanente.

§ 15. OBSERVACIONES SOBRE LA PRIMERA ORGANIZACION DE LA LEGION MANIPULAR.

Despues de lo dicho conviene referir las observaciones que hace un excelente crítico contemporáneo nuestro acerca de la primitiva legion de los Romanos, señalando con gran tino lo que tenia origen en el arte anterior y lo que se habia derivado de las instituciones civiles del país (2):

» En el siglo XVII, cuando se perfeccionaron las armas de fuego y se hicieron mas usuales, se comprendió que un ejército de frente muy extenso llevaba mucha ventaja á las grandes masas armadas de picas, y que cuando el soldado estuviese acostumbrado á esta clase de combate, resultaria tanta utilidad como inconveniencia existia en exponerse á los peligros que nacen algunas veces del choque de las masas.

» Tales consideraciones habian decidido á Ifícrates (sobre la c.^{ma} olimpiada); el cual pensó que la falange solo podria ser vencida por masas, cuyo gran volumen aumentara las fuerzas físicas y que estuvieran armadas de lanzas mas largas; ó que á falta de aquella innovacion, era

(1) Véase una Memoria presentada por Zumpt á la Academia de Berlin, en 2 de mayo de 1839.

(2) Niebuhr, *Römische Geschichte*.

(1) *De Republ*